

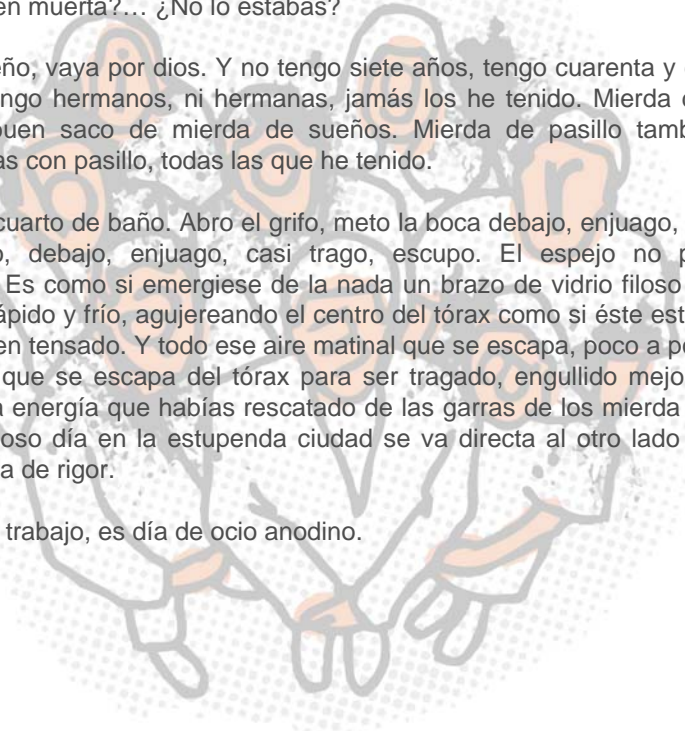
Recuerdo todo como que muy turbio, muy en la línea nebulosa —una niebla muy densa, no se veía nada, ni las sombras, se lo juro, señor—... muy en la línea nebulosa que oprime a quien quiere conocer un secreto que se está escondiendo a sí mismo.

Tengo siete años y juego al escondite con mi hermana pequeña, que es como mi pobre hermano mayor, pero en chica. Siete, seis, cinco, dos, ¡voy! Sé que estás ahí, detrás de la campana. Y tú sabes cómo odio las campanas, hermana, el miedo que me dan, siempre tocando a muerto, volteándose sin parar hasta que me nace la nausea y me sube una bocanada que difícilmente reprimo. Asco, asco que me da, asco que me dan las campanas... Y tú, hermana, te has escondido debajo de esa, que es enorme y que me da arcadas con sólo verla ahí quieta, moviéndose sin parar, jodida campana. Su badajo es como veinte veces la cabeza de padre, pero, ¿sabes?, el pobre hermano se ha caído, hermana, se ha caído del campanario, ¿no lo has oído? ¿Cómo no vas a haberlo oído? ¡Ah, claro! Estabas escondida debajo de la campana. Por cierto... ¡Te pille! Y por eso te empujo y caes desde lo más alto de la torre de la iglesia. Aún no se ha oído el pum y el crac de tus huesos contra el asfalto... Todavía no. Pobre, mi hermana pequeña... tan parecida a mi pobre hermano mayor. ¿Y tú quién eres? Tu cara me suena. Pero en realidad no la veo... «¡Como no te levantes ya mismo vas a llegar a la escuela de una sola patada en el culo!». ¿Madre? ¿No estabas tú también muerta?... ¿No lo estabas?

Y todo es un sueño; vaya por dios. Y no tengo siete años, tengo cuarenta y cuatro y la boca pastosa. Y no tengo hermanos, ni hermanas, jamás los he tenido. Mierda de sueños. Una época con un buen saco de mierda de sueños. Mierda de pasillo también; nunca me gustaron las casas con pasillo, todas las que he tenido.

Directamente al cuarto de baño. Abro el grifo, meto la boca debajo, enjuago, escupo, debajo, enjuago, escupo, debajo, enjuago, casi trago, escupo. El espejo no puede ser más descorazonador. Es como si emergiese de la nada un brazo de vidrio filoso y te atravesase sin compasión, rápido y frío, agujereando el centro del tórax como si éste estuviera hecho de papel de seda bien tensado. Y todo ese aire matinal que se escapa, poco a poco pero a buen ritmo constante, que se escapa del tórax para ser tragado, engullido mejor, por el pérfido espejo. Toda esa energía que habías rescatado de las garras de los mierda de sueños para afrontar otro penoso día en la estupenda ciudad se va directa al otro lado del espejo. Por supuesto, meadita de rigor.

Hoy no es día de trabajo, es día de ocio anodino.





Para empezar unos cereales con miel, los de la caja naranja, un poco rancios de tanto tiempo abiertos, delante de la televisión. Programación para críos, un documental de monos. Perfecto. Se quitan los piojos, se estiran del pene, se dan besos, amamantan, juegan, se pegan, saltan, se relacionan entre sí; ahí el solitario, ahí el Casanova, ahí la tímida, ahí el gracioso juguetón que te comerías. No, no te lo comerías, demasiado pelo. No, cocinado tampoco, demasiado mono. ¡Oh, maravilloso! Una serie americana de reconstrucciones de crímenes reales resueltos. Después del primero, viene el segundo. En el tercer episodio cambiamos a superconstrucciones. Padre ya no tendrá que salir a la calle para emplear el tiempo en ver cómo otros trabajan. Para mí es, quizás, demasiado. Fuera televisión. Bol y cuchara al fregadero. A lo tonto, toda la mañana.

Tendría que limpiar. Bien, muy bien. ¿Un libro? Mmm... Bla, bla, ble, ble... Pffff... No. ¿Bajo a la calle? Y bajo basuras. ¿Una ducha? No, mejor me visto y me ducho a la vuelta.

Plástico y residuos, os ha tocado. ¿Aplasto la garrafa? Ocupa menos. Sí, tiempo ganado, aplasto la garrafa. Shhh... Llaves. Llaves, cartera. Llaves, cartera, móvil. Tabaco. Llaves, cartera, móvil, tabaco. Y basuras. Andando.

Ni un vecino para hablar del tiempo en el ascensor. ¿Día de suerte? Parece ser que no. ¡Eh!, hasta luego... Sí, a dar un paseo. Sí, a bajar la basura. Sí, domingo libre. Buenos días tenga usted también... (Bruja).

Doy un paseo hasta los puestos de mercadillo. Vinilos y libros viejos, figuritas de porcelana horrendas, turistas de noviembre por todo, los prismáticos del abuelo. ¿Vermut para uno? ¿Por qué no? No se me ocurre nada mejor. Comer fuera. Sí, siempre se te puede ocurrir algo mejor.

La tarde pasa, y pasa no sabes cómo. Tarde elíptica.

Llego a casa, me veo una peli, me ducho, me preparo dos sándwiches, me pongo Billie Holliday y me los como. Hago rato revisando el correo y leyendo los titulares de mañana. ¡Ja! Me voy a la cama, mañana no hay yo. Y antes de dormir pienso, pienso además con dos cojones, en qué coño ha acabado convirtiéndose mi vida. Y la cabeza se me llena de humo, se niebla poco a poco, me lanza la imagen de un perrito con una flor en la boca que he visto en el mercadillo. Y confieso que igual lo mejor es cambiar, que aún estoy a tiempo. Pero qué malas estaban las patatas bravas y qué rico el helado de fresa y nata. Haz el favor y presta atención, maldita cabeza mía, ¡entérate de que hay algo que no está yendo bien! ¡Y que hay que cambiarlo!... Pero mañana te tienes que levantar temprano para ir a trabajar y qué salao el monete... ¿Te acuerdas de lo simpático que era?

Sí. Recuerdo mucha niebla, recuerdo sueños muy turbios. Recuerdo que quería cambiar.